

CEPA
La Albufera

CEPA
Clara Campoamor

CEPA
Ciudad Lineal

CEPA
Daoiz y Velarde

CEPA
Distrito Centro

CEPA
Colmenar Viejo

XII CERTAMEN LITERARIO

INTERCENTROS DE EDUCACIÓN
DE PERSONAS ADULTAS
COMUNIDAD DE MADRID

CEPA
Gloria Fuertes

CEPA
Dulce Chacón

CEPA
Sierra Norte

CEPA
Tetuán

CEPA
Hortaleza

CEPA
Jose Luis Sampedro

CEPA
Villaverde

CEPA
Vista Alegre

CEPA
SS de los Reyes

2018

XII Certamen Literario

Intercentros de Educación de Personas Adultas

Lema: Redes

Organizado por los Centros de Educación de Personas Adultas:

La Albufera
Ciudad Lineal
Clara Campoamor
Colmenar Viejo
Daoíz y Velarde

Distrito Centro
Dulce Chacón
Gloria Fuertes
Hortaleza-Mar Amarillo
José Luís Sampedro

San Sebastián de los Reyes
Sierra Norte
Tetuán
Villaverde
Vista Alegre

Fotógrafos:

Luis Fernando Roldón Tolosana
Pablo Daries Pascual

Depósito Legal: M-3691-2018

ISSN: 2387-192 X

<http://certamenliterariocepa.blogspot.com.es>

Agradecimientos:

Junta Municipal de Distrito de Ciudad Lineal
Subdirección General de Centros de Enseñanza Secundaria
Direcciones de Área Territorial Madrid Capital, Madrid Norte y Madrid Sur

*Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.*

(Blas de Otero)

ESPERANZA PALACIOS DE LA MUELA

Maestra del CEPA Clara Campoamor durante más de treinta años
perdió la palabra la tarde del miércoles 25 de abril de 2018

In Memoriam

Índice

Crónica	
Arturo Santos Cordero	4
Presentación	
Tania Domínguez García	5
Discursos	
Nando López	7
Autoridades	9
Relatos	
Primer premio - Vida y muerte en un autocar	12
Segundo premio - Última función	13
Tercer premio - Solo	15
Cuartos premios	17
Cierre del Acto	
Actuación musical - Serendipity Room	42
Galería de galardonados	43



Un miércoles veinticinco, dos mil dieciocho el año, primavera, mes de abril, gran Certamen Literario que por duodécima vez celebran en un gran acto quince centros, quince CEPAS al LIBRO homenajeando.

La Albufera y Villaverde, Gloria Fuertes, Colmenar, Hortaleza y Vista Alegre, Campoamor y Tetuán, Dulce Chacón, Daoíz Velarde, Distrito Centro, San Sebastián, Sierra Norte, Ciudad Lineal y Sampedro.

Tania ¹ presenta la MESA de autoridades presentes. Da a todos la bienvenida, a todos los asistentes. Exalta el poder del pueblo: un poeta creador, fresco, intenso Romancero, popular la inspiración. Escribir, leer, pensar, personal liberación, Lorca, Sergio Ramírez... homenaje al escritor...

Habla José Luis de Pablo ² : recuerda con emoción el trabajo de su padre,

su afán de superación... Fernando López ³ exalta a los docentes y alumnos, al esfuerzo y al trabajo, a la educación: ¡qué orgullo! De lectura y creación nos cuenta su itinerario, sus ideas y emociones, sensaciones y entusiasmo...

Agradece don Matías ⁴ la labor de quince CEPAS y pone en valor, entonces, lo que significa el lema: **Redes** entre instituciones, **Redes** entre los centros, **Redes** de localidades, **Redes** siempre tejiendo...

Doña Regina Bedoya ⁵ toma después la palabra y a cuantos están presentes por su asistencia, da gracias. De educación permanente a continuación desgrana larga evolución histórica: las leyes, decretos, actas...

Cierra la presentación la Jefa de la Unidad ⁶ . A todos los asistentes da las gracias de verdad por su presencia y trabajo y excusa a la directora ⁷

del Área Territorial. A continuación la Mesa, entre vítores y aplausos, entrega los cuartos premios del Certamen Literario. Después, tercero, segundo, y el primero: ¡lo han logrado! Flashes, fotos, mil sonrisas, diplomas, ramos de flores, enhorabuenas y besos, vivas a los ganadores.

David Burguillo ⁸ relata: cielo gris, triste, una carta, bulling, redes, pesadilla... una amiga que lo salva...

Última función: ⁹ un circo... no hubo sonrisa ni red, salto mortal, sirena, no estaba la red ni él...

De Kira Gracia Broncano, ¹⁰ Vida muerte en autocar, memorias de redecilla que en su seno ha de llevar finos libros, libros gruesos lectura y felicidad, también botellas y latas y otras ansias de volar...

Tres chicas y dos guitarras ¹¹ musical el colofón de un Certamen Literario.

1 Tania Rodríguez: presentadora del acto.

2 Coordinador del Distrito de Ciudad Lineal

3 Novelista y profesor, finalista al Premio Nadal 2010

4 Don Matías Granados: Jefe de Área de Educación Secundaria.

5 Ex directora del CEPA Ciudad Lineal

6 Doña Margarita de Frutos: Jefa de la UPE

7 Doña Coral Báez

8 Tercer premio: Solo. CEPA Vista Alegre

9 Segundo premio. M^a José Collado, CEPA Dulce Chacón

10 Primer premio. CEPA Distrito Centro

11 Grupo Serendipity Room

Presentación

Tania Domínguez García, profesora del CEPA Ciudad Lineal



Distinguidas autoridades, compañeros, alumnos y amigos: bienvenidos al XII Certamen Literario Intercentros de Educación de Personas Adultas de la Comunidad de Madrid.

Ya somos quince los centros de adultos de la Comunidad de Madrid que reivindicamos el poder de la palabra y de la Literatura como herramienta de comunicación estética.

Ante la eterna pregunta de si el artista nace o se hace que la mayoría de docentes resolvemos elegantemente con 'es una mezcla de todo un poco' o fórmulas similares; ante la cuestión de si realmente existe ese daimon, don divino, genio romántico o «espíritu sin nombre» —como se refería Bécquer a la inspiración—, la respuesta la tenemos hoy delante de nosotros: alumnos que, un año más, nos han sorprendido, nos motivan y nos siguen cautivando con su originalidad y su poder creador. Todos somos seres divinos, todos somos creadores. La evidencia nos la da el Romancero, el invento hispánico por excelencia. Y como digo el Romancero, podría citar las canciones francesas, las baladas inglesas y escocesas y cualquier poesía medieval que configure el patrimonio literario anónimo de cada pueblo. ¿Qué otra obra de autor conocido compite con ellas en musicalidad, en sen-

cillez, en naturalidad, en frescura, en intensidad dramática? ¿Y quién se esconde detrás de todas estas creaciones? «El gran poeta de todas las edades», el gran protagonista anónimo de la Historia: el pueblo. Los más ilustres escritores han sabido siempre esta gran verdad. Y de ella han bebido.

Este año se cumplen 50 años del fallecimiento de don Ramón Menéndez Pidal, un hombre que dedicó toda su vida al estudio de la literatura medieval, que nunca dejó de fascinarse con el tesoro inagotable y la pervivencia de los romances españoles a través de los siglos.

Es innegable que somos artistas en potencia, que el ser humano nace con una sensibilidad artística inherente a su existencia. Como receptores o como demiurgos necesitamos la Literatura y el Arte en nuestras vidas, una necesidad que algunos han olvidado y otros se esfuerzan en eliminar. ¿Cuántas veces hemos denunciado la tiranía pedagógica de la especulación frente a la originalidad y la creación? «El que tiene imaginación —escribía Bécquer— con qué facilidad saca de la nada un mundo». Mientras nuestros alumnos siguen sufriendo cambios constantes de leyes educativas en una lucha de poder que no tiene tregua, nosotros seguimos proclamando la libertad que solo confiere el arte, una sensibilidad estética, intrínseca, que está tan cerca de nosotros como lejos de las leyes que rigen la sociedad que nos han impuesto, una identidad y una voz que se construyen solo a través de la lengua. El arte nos obliga a percibir la realidad desde un punto de vista diferente al que es impuesto tiránicamente; la escritura creativa canaliza estados de ánimo, nos individualiza. Es, en palabras de Octavio Paz, un «ejercicio espiritual, un método de liberación interior».

Somos responsables de nuestro patrimonio literario. Pero lo mejor de todo es que a la Literatura no hay que restaurarla ni rehabilitarla: los romances no enveje-

cen, *La Celestina* no envejece, *La Ilíada* no envejece. Tienen ahora más vigor y vigencia que nunca: en cada lector, en cada generación que se suma a la Historia, día a día, siglo a siglo. Son obras inmortales y nosotros, dadores de vida. ¿O serán ellas las que alimentan nuestro espíritu? La literatura no muere, se reinventa. La literatura vive sobre nosotros —nos sobrevive—, es inmortal. La literatura es gratuita, un derecho que debería llegar a todos. La literatura —¿no la oís?—nos habla de paz, de inteligencia, de emoción, de Alma.

Hoy se cumplen cien años de la publicación de *Impresiones y paisajes*, el primer libro con el que un joven Federico García Lorca se presentaba ante el público y con el que trataba de obtener, «lleno de humildad», el «agradecimiento espiritual» y sincero de sus lectores. Desde sus páginas mostraba su convicción de que «para comprender [el arte] se necesita de una especial educación espiritual». «Hay en nuestra alma —escribía Federico, y escribía para todos— algo que sobrepuja a todo lo existente. [...] La poesía existe en todas las cosas, en lo feo, en lo hermoso, en lo repugnante; lo difícil es saberla descubrir, despertar los lagos profundos del alma». Ya antes de cumplir los 20 años el joven escritor defendía con fuerza esta creencia, persuadido de que en la terrible agonía que vive la sociedad era necesario un magisterio espiritual que orientase al lector y al alumno hacia la sensibilidad. Hoy sus palabras adquieren un sentido de urgencia más vigente que nunca.

Cree Sergio Ramírez, Premio Cervantes 2017, que la gracia del viaje de Don Quijote es que no desea el regreso. ¿Y cómo —nos preguntamos— va a desear el regreso ese soñador obstinado que entregó su vida a los libros y a la emoción poética? No muramos como don Quijote —ese gran personaje romántico que renace cada día en millones de lectores— por despertar a eso que ahora llaman cordura. Porque mientras soñaba, tenía móviles, vivía la

ilusión de estar vivo, a pesar de los duros embates de la realidad. Y no puedo evitar establecer una conexión entre la actitud vital de nuestro Don Quijote y las palabras del joven Lorca de *Impresiones y paisajes*: «[Hay que] Verlo todo, sentirlo todo. En la eternidad tendremos el premio de no haber tenido horizontes. [...] Hay que soñar. Desdichado del que no sueñe, pues nunca verá la luz».

Son muchas las trabas que sufre actualmente la Educación en este país, mayores las que viven los centros de adultos, pero lo nuestro es incurable porque somos gigantes que convertimos los obstáculos en incentivos, en nuevos retos, saliendo de ellos más reforzados. En este acto de entrega de premios queremos homenajear a nuestros alumnos, alumnos adultos que con sus obstáculos y obligaciones diarias han acogido con tanto entusiasmo el proceso creador. A ellos va nuestro aplauso y reconocimiento. Por ellos tiene su razón de ser nuestra entrega. Escribir, leer y pensar será nuestra liberación individual.

Somos muchos ya —profesores y alumnos— los que sumamos fuerzas en esa dirección. Es un placer tener con nosotros esta tarde a Fernando J. López, escritor y profesor que lleva toda su vida entregado a la Literatura y alistado en la misión —que casi se ha convertido en un deber moral— de cambiar el mundo. Y termino con sus palabras:

«No se puede ser un buen profesor sin ser un poco utópico. Un poco soñador. Un poco loco. Porque empuñar una tiza exige creerse que tiene sentido hacerlo, que más allá del libro de texto, de las pruebas externas, de los estándares de aprendizaje y de las reformas que vengan o dejen de venir, la tiza sigue siendo un arma poderosa para dibujar otra realidad. Otro mañana. Un lugar en el que merezca la pena vivir [...]» «La literatura puede derribar muros, que no se nos olvide».

Discurso

Nando López, profesor, escritor, finalista Premio Nadal 2010



Una geografía propia

Hay días y lugares que me emocionan especialmente. Y este es uno de ellos. Porque en esta sala se reúnen la literatura y la educación, los dos oficios que forman parte esencial de mi biografía y a los que me dedico, convencido de que son herramientas imprescindibles para construir futuros. Armas hechas de la poesía que reivindicaba Gabriel Celaya, del sueño puesto en pie que nos enseñó a sentir Lorca, de la novela que refleja la vida en los recodos del camino, como nos avisó Stendhal. Armas que, en nuestras letras, empuñaron mujeres como María de Zayas o Ana Caro en el siglo XVII para luchar, desde la ficción, por una realidad igualitaria, convirtiéndose en pioneras de un feminismo que, no sin dificultades, encontraría su continuidad en voces como las de Emilia Pardo Bazán, Zenobia Camprubí o las Sin Sombrero, invisibilizadas por una historiografía interesada y que ahora vuelven a tener nombre y espacio: María Teresa León, Carmen Conde, Rosa Chacel, Elisabeth Mulder... Sin las palabras de todas ellas, los márgenes de nuestro mundo serían hoy mucho más estrechos, pues no cabrían en ellos más que aquellos que hubieran sido admitidos por el canon de una sociedad excluyente y restrictiva, una sociedad que la literatura transgrede en su intento por hacerla más libre y diversa. Sin Virginia Woolf habríamos tar-

dado mucho más en admitir que las mujeres necesitaban un cuarto propio. Sin Luis Cernuda, a muchos adolescentes nos habría sido aún más difícil entender la distancia que media entre la realidad y nuestro deseo. Sin Mary Shelley no habríamos descubierto que nos convertimos en monstruos cuando no sabemos apreciar la belleza que hay en la diferencia. Sin Bertolt Brecht no habríamos roto la cuarta pared para despojar al arte de su aburguesamiento. Y sin Albert Camus no habríamos asumido que, en cierto modo, todos somos extranjeros de nosotros mismos. Porque la geografía más importante que nos ofrece la literatura no es exterior, sino introspectiva: sus mapas no dibujan el espacio que nos rodea, sino las sombras de cuanto nos habita.

Necesitamos la ficción para mirarnos en ella y, a través de sus palabras, intentar reconocernos. Adentrarnos en ese territorio resbaladizo y, a menudo, doloroso de la identidad para ejercer de Narcisos que se contemplan en aguas de palabras donde buscan respuestas y, al final, sólo encuentran nuevas preguntas. La verdadera literatura jamás nos ofrece contestaciones unívocas, sino nuevas visiones, perspectivas diferentes a las que adoptamos habitualmente y desde las que todo adquiere una dimensión nueva y, a veces, esperanzadora. En estos tiempos donde regresa el miedo a decir, la crispación constante y el peligro de la autocensura, resulta aún más urgente reivindicar la ficción como universo libre e indómito, la palabra como acto rebelde y la literatura como descubrimiento de cuanto se oculta al otro lado del espejo.

Por eso, porque yo también perseguía, como Alicia, esas sombras esquivas, creo que empecé a escribir muy pronto. Seis, siete años. Quizá menos. Nunca fui un niño demasiado abierto. Ni demasiado extrovertido. Bajaba la cabeza cuando pedían voluntarios para que salieran a la

pizarra y, en algún rincón del patio, con un libro en la mano, esperaba que el recreo pasara lo suficientemente rápido como para regresar a clase. Así que no tardé en darme cuenta de que, si quería romper ese silencio, necesitaba encontrar otro lenguaje. El cotidiano no me era suficiente o, por lo menos, no sabía manejarlo. Así empezaron, primero, los versos. Después, los relatos. Y a los dieciocho, con el ímpetu de la llegada a la universidad, mi primera novela.

Sin embargo, la primera vez que me sentí escritor no fue allí, en las aulas de la facultad de Filología, sino en mi instituto. Sólo tenía quince años y me creí autor con una seguridad que ni siquiera ahora, con el bagaje de los libros publicados, podría emular. Pero entonces, en aquellos años de instituto, si escribías, eras escritor. Si hacías teatro, eras actor. Si jugabas al fútbol, eras futbolista. Las aulas, esas aulas, eran el lugar donde el verbo hacer se convertía en ser. Donde soñar tenía sentido y todo estaba por conseguirse porque aún quedaba mucho tiempo para pelear. Y esa sensación, esa certeza de ser es la misma que, como autor y como educador, intento inculcar a los estudiantes con que trabajo. Porque las aulas, como los libros, deben ser un espacio de futuro. De caminos donde podamos elegir.

Mi elección cobró forma a los quince, en el salón de actos de aquel instituto que, no pudo ser casualidad, acabaría llamándose Ítaca. Sucedió un 23 de abril en que, durante los siempre escasos minutos del recreo, una profesora de Literatura anunciaba el ganador de un certamen escolar al que me había presentado sin demasiadas esperanzas. Abrió el sobre con solemnidad y, para mi sorpresa, leyó mi nombre y el título del primer relato del que me siento, aún hoy, orgulloso. Treinta y cuatro. Una narración que, a pesar de sus infinitas imperfecciones, anunciaba casi

todo cuanto iba a escribir después. Mi mundo de ficción estaba, de alguna manera, encerrado en apenas seis páginas: la identidad oculta que lucha por salir a la luz, la injusticia social que amenaza la libertad individual, el amor y la amistad como espacios amenazados por la traición y mentira o la cultura –en aquel relato, representada por el cine– como posibilidad de salvación. El premio era una cantidad pequeña para canjear por libros y, aunque he olvidado esa cifra, sí recuerdo bien algunos de los títulos que llevé conmigo a casa esa misma tarde. Pedro Páramo, Cumbres borrascosas, El guardián entre el centeno, un buen puñado de cómics Marvel y una colección del teatro completo de Lorca que aún hoy me acompaña en mi escritorio.

Desde entonces, cuando escribo una novela o una obra de teatro, cuando empiezo una historia –tenga la forma literaria que tenga–, intento recordar el entusiasmo de ese adolescente. La sensación que me produjo oír mi nombre al salir de aquel sobre. La sonrisa de aquella profesora y la alegría de mis amigos. Y ese recuerdo es tan fuerte que disipa mi vértigo ante la página en blanco y me ayuda a sentir que, aunque nunca podré estar seguro de si lo que escribo merece o no la pena, al menos sí nace de un lugar sincero. De la necesidad honesta de compartir cuanto viven mis personajes con la esperanza de que sus historias se conviertan en el reflejo catártico de quienes los lean.

Escribir es un oficio de vocación cartográfica: con palabras construimos mapas que a veces se llaman Ítaca, o Macondo, o Camelot, o Gotham, o Nunca Jamás, o lugares que ni siquiera tienen nombre. Una geografía propia sin fronteras que nos encierren y donde podemos atrevernos a ser, entre vidas ajenas, quienes de verdad queremos ser.

Discursos

Autoridades



D. José Luís de Pablos
Coordinador del distrito de Ciudad Lineal



D. Matías Granados Díaz-Pintado
Jefe de Área de Educación Secundaria



Dña. Begoña Bedoya Piquer
Ex directora del CEPA Ciudad Lineal



Dña. Margarita de Frutos
Jefa Unidad de Prog. Educ. DAT Capital

Primer premio

Vida y muerte en un autobús

Kira Gracia Broncano Marcus CEPA Distrito Centro

Segundo premio

Última función

María José Collado Ramírez CEPA Dulce Chacón

Tercer premio

Solo

David Burguillo Domínguez CEPA Vista Alegre

Cuartos premios

Dame tu alma

Estefanía Herrero Martínez CEPA La Albufera

Licerte

Cristina Serrano González CEPA Ciudad Lineal

Vida truncada

Ana María Molina Bote CEPA Clara Campoamor

Olores

Mario Martín Fernández CEPA Colmenar Viejo

Una hora y quince minutos

Rosario Mónica Justiniano Arias CEPA Daoíz y Velarde

Casi normales

Belén Catalá Sierra CEPA Distrito Centro

Cachivache

Mercedes Carralero Espinosa CEPA Dulce Chacón

La trampa

Ana María Fernández Cros CEPA Gloria Fuertes

Tela de araña

María del Rocío Puerma Parra CEPA Hortaleza-Mar Amarillo

E 65°0'0" N 33° 0'0"

José María Alonso Bilbao CEPA José Luís Sampedro

El cuento de la vida

Carmen Calvo Terradillos CEPA San Sebastián de los Reyes

Un sueño entre Remedios La Bella y Yaiza Maradentro

Prudencia González López CEPA Sierra Norte

Año 3253

Alvis Félix Sosa CEPA Tetuán

De teclear y abrazar

Giovanny Ponce Villarroel CEPA Villaverde

Amor virtual

Hafida Immouni CEPA Vista Alegre



Vida y muerte en un autobús

Kira Gracia Broncano Marcus

CEPA Distrito Centro



Soy una redecilla de asiento de autocar. Viajo siempre de Madrid a Barcelona y de Barcelona a Madrid. Tengo amigas de clase alta que viajan en AVE, pero yo no las envidio. Mi sueño, eso sí, siempre ha sido convertirme en una redecilla de avión. ¡Ah!, las estrellas. ¿Habrán redecillas en las naves espaciales...?

Yo he visto desde relaciones clandestinas a intentos de asesinato; no es una errata, no; una vez fui testigo de un intento de envenenamiento. Incluso he visto un parto. La gente es muy desconsiderada, y pone en mí latas, botellas, bolsas o incluso pañuelos usados. ¿Cómo pueden tratarme así? ¿Dónde está la humanidad de los viajeros?

A lo largo de mi amplia carrera, he alcanzado no poca cultura leyendo los libros que han puesto en mi seno. No obstante, algunos ejemplares son demasiado pesa-

dos para mí y me hacen sentir como una embarazada. Y no solo eso, sino que deforman mis cordones. Y, en otros casos, son los libros demasiado gruesos, con lo que me estiran y me duele. Muchas veces, cuando estoy en el párrafo más interesante, algún o alguna egoísta, me arrebató el volumen para leerlo él o ella. ¡Qué fastidio! Estoy segura de que ninguno de estos necios apreciará la literatura como yo lo hago. "La tarde se prolonga más allá de sí misma", decía Juan Ramón Jiménez. Mi existencia se prolonga más allá de sí misma, mientras doy vueltas de Madrid a Barcelona, y de Barcelona a Madrid.

Corren rumores entre otras redecillas de que mi autocar va a ir a un desguace. No hay más remedio y no puedo hacer nada al respecto. Oh, yo no quiero morir. Pensé que podría estar viajando, leyendo, conociendo gente toda la eternidad. Si al menos alguien pudiera poner en mi seno una cruz o un crucifijo para poder confesarme... ¿De qué me sirven ahora todos los libros que he leído? ¿Qué harán por mí Shakespeare o Dostoievski? Nunca fui una redecilla de avión. Nunca surqué el cielo azul ni las estrellas. Nunca he ido a otras ciudades. ¿Me reencarnaré en una redecilla mejor, quizá? ¿He vivido mi vida rectamente? ¿He ayudado, al menos, a aligerar un poco el peso de los viajeros, como era mi deber hacer?

¿He tenido una vida feliz? Francamente, no lo sé. Pero ya es demasiado tarde para lamentarse. El fin de mi existencia ya no tiene marcha atrás.

"Que el silencioso ejército de muertos descienda. Yo sigo adelante".

Última función

María José Collado Ramírez

CEPA Dulce Chacón



Enseguida supe que iba a morir, casi al instante. Me soltó, me miró y lo supe. Segundos antes de que el frío suelo parara brutalmente mi cuerpo. Un golpe seco, y el grito espantado del público a una sola voz después del violento impacto. El mismo público que, segundos antes, secretamente espera, casi desea, que el acróbata caiga. Después enmudece y de ahí el murmullo siseante, nervioso, e inmediatamente de nuevo un sordo silencio.

No puedo mover las piernas.

Siempre he sido pequeña y ágil, siempre dando volteretas. Simultaneando vida y circo, trabajo y deporte, flexibilidad y fuerza, habilidad y resistencia. Soñando ser la mejor, la estrella. Olvidando el miedo, descargando adrenalina con ensayos coordinados, donde aprendes concentración y control.

Todo riesgo y espectacularidad, todo amor por el circo. Hay que evitar el mínimo error y tienes que creer en tu pare-

ja, confiar absolutamente y olvidarte de posibles lesiones, de caídas graves, de que puedes morir. Hay que ser capaz de todo eso, y lo había conseguido. Había logrado el perfecto equilibrio y también éramos la pareja perfecta, la pareja del trapecio, los mejores. Ensayar era como una liberación, caer relajada en la red y rebotar feliz. La red siempre está ahí.

Él siempre me deja caer con suavidad, y con la mirada de dice:

-Tranquila. Te amo. -Aunque yo sé que miente- Yo siempre le digo que soy inmortal y él se ríe, pero hoy al soltarme no rio, no lo hizo.

Sólo había ocurrido una vez años atrás, cuando la trapeicista cayó, también era él quien la sostenía. Ahora sé que él lo hizo, él la mató, la dejó caer. No había talco en la plataforma de salida, él se encargó de que no lo hubiera. Sus manos resbalaron y ella cayó fuera de la red.

Este era mi enésimo salto mortal y ha sido mortal. Tendría que haber revisado la red y mi seguro de vida.

El número ha sido fantástico, perfecto, y la salida del trapecio limpia. Pero la red está rota y en décimas de segundo supe que iba a morir, me había matado como a ella. Lo vi en sus ojos.

Oigo de nuevo el murmullo del público y un grupo de personas se agolpan sobre mí, veo sus cabezas borrosas, forman un círculo casi perfecto y me miran horrorizadas.

Me falta el aire, tengo la boca seca.

-Ha muerto -dice alguien-

-La red se ha soltado -oigo muy lejos-

Abro los ojos y noto que la boca se me llena de espuma, todo se llena de espuma, y algo me empuja hacia un laberinto

de puertas que se abren y todo se inunda de agua.

Me asusto. De repente, puedo mover las piernas que ahora están embutidas en algo que parece una cola de pez escamosa, ajustada y viscosa. Doy vueltas en espiral, hay mucha agua. Recuerdo que dicen que las sirenas transportan el espíritu de los difuntos y guardan el paso hacia las puertas de la muerte.

Noto cómo me arrastra la marea que me lleva hasta la superficie iluminada. Navego entre medusas y mantarrayas, deslumbrada por el foco de un pesquero a la caza de especies invasoras, que lanza la

red mientras yo sigo haciendo acrobacias. Todos llevan tapones en los oídos para no oír mi canto.

Tengo las piernas entumecidas. Siento que han pasado cien años y lloro por mis piernas inservibles. No puedo respirar, la red me aprieta y me asfixia y no me puedo soltar.

De nuevo, veo sobre mí un sinfín de cabezas que me miran asombradas y en silencio. No puedo respirar y tengo mucho frío. No oigo nada, todo está oscuro. Sólo puedo ver un cartel que dice:

-Mañana cerrado. No hay función.



Tercer premio

Solo

David Burguillo Domínguez

CEPA Vista Alegre



El cielo estaba gris, frío, triste. Algunas gotas se escapaban en forma de lágrimas como si el tiempo estuviera en consonancia con lo que Juan estaba escribiendo con su bolígrafo bic de tinta negra sin capuchón ni tapa, con el canuto roto y quemado en un intento de volver a la vida, como tantas veces intentaba su dueño. Las palabras se juntaban en el blanco folio queriendo expresar lo que sentía y explicar el porqué de sus decisiones. Firmó la carta y la leyó. Era poco menos de un folio y decía:

“Queridos padres: Cuando leáis esto no os culpéis por nada de lo sucedido. Os estoy muy agradecido por todo y os quiero mucho, muchísimo. Ahora comprendo por qué no queríais que tuviera móvil, a pesar de que todos mis amigos lo tenían con nueve años. También os agradezco que me alejarais de las redes sociales. Ciertamente, vivía mucho mejor sin ellas.

Sin ellas, algunos se reían de mí en el cole, pero al llegar a casa todos mis problemas se terminaban, no tenía a nadie recordándome que me había puesto nervioso en clase de matemáticas y que había tartamudeado más de la cuenta. No tenía a nadie recordándome que me había quedado con cara de bobo mirando a Ana, ni diciéndome que me tocaría pensando en ella. El mayor problema que tenía era que se rieran de mí unos cuantos, o ser la última elección en el recreo o en clase de gimnasia. Pero al terminar el colegio, todo era distinto, los amigos del barrio no sabían esas cosas y me trataban bien, jugábamos entre la merienda y los deberes y al día siguiente comenzaba la rueda. Sabía que tenía que sobrevivir a la mañana y que por la tarde todo sería distinto. Además, ese infierno solo duraba cinco días y solo en los meses con clases. Ciertamente fue un error entrar en ese círculo.

Con las redes todo el mundo ha comenzado a meterse conmigo, y los problemas del cole han pasado también al barrio. Si uno del barrio subía un vídeo pegando una patada al aire al chutar al balón, todos en el cole se reían de mí al día siguiente; que me caía saltando el potro, como el resto de mis compañeros, el vídeo se subía y los que se reían ahora eran los del barrio. Se han intensificado las bromas de mal gusto de todos para grabarlas y subirlas. Ahora me dan collejas o me hacen pasillo. Me quitan la mochila, las zapatillas, la cazadora, el estuche...lo que sea para pasárselo entre ellos y cuando se cansan lo cuelgan en el árbol del patio o en las casas bajas. Y allí me toca intentar recuperarlo por mis medios, porque si un mayor me ayuda, las risas y las burlas lo hacen todo peor; así que me toca escalar, saltar la valla, todo para no llamar a los vecinos, que encima me regañan a mí por molestarlos, Si tengo un bolígrafo o un rotulador nuevo, sé que probablemente no llegará a casa. Ha dado

igual una red social que otra, un perfil que otro, al final en todo momento han sabido quién era y todo comenzaba otra vez.

Todo esto también os está afectando a vosotros porque no hacéis más que ir a hablar con los profesores. Andrés, aunque es bastante popular, no puede estar todo el día encima de mí defendiéndome y eso le está empezando a traer problemas. ¡Ya no puedo más! Ahora todos los días son horribles, no quiero bajar a jugar a la calle. Por supuesto no quiero ir al cole. ¿Hacer deberes?, ¿para qué?, si seguro que me los rompen. Solo estoy bien cuando duermo, si con suerte las pesadillas que me traen la mierda del día no vienen. Si no me puedo dormir, lloro hasta que no me quedan lágrimas y solo espero no oír el despertador, pero eso no pasa y el despertador suena para hacerme ir al infierno. Por eso, lo mejor es que me quite de en medio y que deje de ser un estorbo para todos vosotros. Despedidme de los

tíos y de los primos; pero, sobre todo, sed felices. Os quiero mucho. Juan”.

Una lágrima cayó sobre la firma, haciendo que la tinta se corriera. Dobló el papel y lo metió en un sobre. Pasó su lengua por el pegamento del sobre, aunque lo podría haber pegado con las lágrimas que le corrían por la cara. Cerró el sobre y lo besó. Se levantó de la mesa y caminó hacia la ventana. Su pulsera vibró: “Laiya quiere ser tu amiga”, era la primera invitación de amistad que recibía en meses, no la hizo caso, sería para reírse de él. Abrió la ventana y el reloj vibró nuevamente, “Laiya te ha enviado el vídeo”. Sacó la pierna por la ventana. ¿Quién era Laiya?, ¿sería el alias de la chica que acaba de llegar a clase la semana pasada?, ¿la que le ayudó a recuperar la zapatilla? Fue tan simpática. Parecía tan popular. ¿Y si de verdad quería ser su amiga? ¿Y si eso le ayudaba en las redes y a que no se rieran de él?



Dame tu alma

Estefanía Herrero Martínez

CEPA La Albufera



María tenía 15 años. Era bailarina de danza clásica y llevaba 7 años acudiendo a sus clases de dos horas diarias. Aquel día, al salir de sus clases, se puso a ver vídeos de ballet, que era lo que solía hacer en sus ratos libres. Estaba tumbada en la cama con el portátil y los cascos puestos; estaba tranquila, relajada. De repente, en mitad del vídeo, le salió un link para comprar ropa de danza a bajo coste. María no compraba su ropa por internet, siempre iba a la misma tienda, donde la conocían desde pequeña y sabían sus gustos y talla, pero por curiosidad, entró en esa página. Se le abrió un mundo; "la tienda donde llevo años comprando está completamente obsoleta"- pensó. Había de todo lo que se podía imaginar para la danza, no solo las típicas mallas rosas de toda la vida, el body rosa, el tutú rosa.... Había lo mismo que en su tienda pero de todos los colores, tamaños e incluso con distintos tipos de tela. Lo que

verdaderamente llamó la atención de María fueron unas redecillas para el pelo. Era lo último en la página y como promoción había un 2x1. María, sin dudarlo, hizo la compra.

A las dos semanas recibió el pedido. Estaba emocionada, pues nunca antes había hecho ninguna compra por internet y mucho menos algo que tuviera que ver con sus clases de danza clásica. Abrió la caja donde estaban las dos redes para el pelo: una era negra, un negro intenso, brillante, pero tan brillante que a la vez era fulminante. Era un negro tan perfecto que María quedó fascinada. La otra también era negra, pero se veía más vulgar e insignificante. Inmediatamente supo cuál sería la primera que estrenaría.

Y qué mejor día para estrenar su red nueva que el día que debutaba en el Salón de Actos Mendoza como solista en el acto de "EL CASCANUECES".

Estaba ansiosa, llevaba meses practicando para esta actuación. Llegó con tres horas de antelación, quería que todo saliese perfecto; había ensayado el baile minuciosamente para no cometer ni el mínimo error.

Se dirigió al camerino para empezar a prepararse. Todo iba bien, pero cuando se colocó la red en su cola de caballo, algo extraño empezó a sentir en la cabeza. Era como un cosquilleo, primeramente leve, agradable; a los pocos segundos, ese cosquilleo se convirtió en algo más molesto, hasta el punto de ser insoportable. Empezó a tener visiones dentro de su cabeza, se sintió extraña, como si estuviese en un cine, a oscuras, sin nadie alrededor y sin nada, ella sola, con una pantalla gigante en la que podía verse a una señora de unos 90 años, los cuales habían hecho bastante mella. La señora iba vestida

completamente de negro, zapatos negros, medias negras, falda negra y rebeca negra. El paisaje que transitaba también era bastante lúgubre: las nubes estaban demasiado bajas, era de noche, pero se podía apreciar con bastante claridad que llevaba la misma red en el pelo que María había comprado por internet. Era una red bastante singular, por lo que era muy fácil reconocerla entre otras mil redes.

María sacudió la cabeza varias veces, como intentando echar de sus pensamientos la visión, e inmediatamente desapareció. Salió al escenario a interpretar su actuación. Estaba tranquila, no era la primera vez que actuaba en un salón de actos. Se dirigió al centro del escenario, respiró profundo y ¡zas! Otra visión irrumpió el pensamiento de María.

Esta vez era una mujer de unos 60 años, a la cual también le habían tratado bastante mal los años, pero ésta no vestía

de negro. Iba acompañada por un hombre, el cual parecía bastante afectado por algo: se le veía decaído, triste, como si hubiera firmado una sentencia de muerte y no pudiese hacer nada por remediarlo. La señora intentaba consolarlo, darle fuerzas, sacarlo del pozo emocional donde ambos se encontraban, fue cuando María volvió a ver que la señora llevaba la misma red que en la otra visión.

Sonó la música y empezó a bailar. En el salón, a pesar de estar completo, no se oía nada excepto la música y los movimientos que realizaba. Pasado un rato tuvo otra visión, esta vez era más perturbadora, y no pudo continuar con su actuación. María quedó paralizada, lo que estaba viendo no podía ser real. En pocos segundos, cayó al suelo desplomada, por primera vez sintió miedo y rompió a llorar.

La visión que había tenido era bastante desgarradora para una chica de su edad...



Cuarto premio

Licerte

Cristina Serrano González

CEPA Ciudad Lineal



Bienvenidos al pequeño pueblo de Licerte donde tuvo lugar la historia que os voy a contar. Comenzaremos presentando a nuestros protagonistas: Alicia, Víctor y Mía. Todos ellos tienen 18 años y aunque tienen la misma edad, se criaron y vivieron de manera muy diferente.

Alicia era una chica morena que medía 1,70 cm y venía desde Madrid. Se dedicaba a estudiar, tenía el sueño de ser modelo y cada día alimentaba con sus fotos a sus seguidores de las redes sociales. Sus padres, que querían que desconectara un poco de ese modo de vida tan cibernético y llevarse una vida más natural sin tanto internet, decidieron que las vacaciones de verano las pasaría con su abuela, en Licerte, un pequeño pueblo en el norte de Galicia.

Víctor era un chico fuerte y alto. Provenía de una familia de pescadores y al fracasar en sus estudios, le subieron al barco familiar y desde entonces pasaba más tiempo en la mar que en tierra. Ese verano tuvo la oportunidad de retomar y terminar los estudios y volvió a casa para ello, a Licerte.

Mía era una chica rubia y de los tres la más bajita. Llevaba toda la vida viviendo en Licerte. Nunca había viajado pero, gracias, a internet descubrió una web de poesía que la transportaba cada día a un lugar diferente. Ese verano había decidido ayudar en el centro de estudios para personas adultas, impartiendo clases de apoyo.

Cada uno de ellos vivía para una red diferente; sin embargo veremos que, aunque en principio no lo parezcan, todas pueden ser compatibles.

Víctor se bajó del barco y pisó tierra por fin. Llevaba unos meses sin ir a casa, sin dormir en su cama, sin ver a sus amigos de toda la vida. Quería terminar los estudios y tener el título pero no iba a emplear todo su tiempo en estudiar. Fue derecho a casa a dejar la maleta. Apenas eran las 8 de la mañana y aún no estaba abierto el centro de estudios.

Los padres de Alicia ya estaban en el aeropuerto gestionando el alquiler de un coche para llegar hasta el pueblo. El móvil de Alicia comenzaba a fallar, a ir más lento, y las redes sociales no se actualizaban a la velocidad a la que ella estaba acostumbrada; no habían llegado al pueblo y ya notaba las consecuencias de la poca cobertura del lugar.

Mientras, Mía aún dormía y soñaba con poesía. Los nervios le habían jugado

una mala pasada y le había costado demasiado quedarse dormida; quedaban pocos minutos para que el despertador le atormentara los oídos.

El centro abrió a las 10:00 de la mañana. Mía y Víctor se cruzaron en la puerta, pero ni siquiera se saludaron, cada uno iba centrado en sus pensamientos, además no se conocían de nada. En Secretaría se volvieron a encontrar, él tenía que entregar toda la documentación, ella recogerla. Y por fin cruzaron sus miradas, se sonrieron y siguieron cada uno con lo suyo.

Alicia llegó a casa de su abuela y confirmó sus peores temores: su cobertura era pésima; tendría que indagar por el pueblo buscando el mejor sitio para poder actualizar sus estados y redes. Los días fueron pasando, las clases ya habían empezado y a Víctor le resultaba fácil entender las cosas que le explicaban; en cambio, a Mía le seguía costando captar la atención de todos sus alumnos. Ellos ponían de su parte porque era gente adulta que lo que pretendía era sacar su título, pero a ella se le atragantaban de vez en cuando las clases debido al miedo escénico que le suponía hablar en público delante de tanta gente. Con sus poesías, por el contrario, tenía una cantidad bastante

elevada de seguidores porque al ser a través de una pantalla, no sentía ese miedo.

Un día Alicia había recorrido buena parte del pueblo; al final sus pasos la llevaron hasta un edificio. Parecía un colegio, instituto, algo así, las puertas estaban abiertas y Alicia no dudó en entrar. Anduvo por los pasillos del centro y llegó hasta una puerta; era el punto más alto de cobertura, dentro estaban dando clase. Decidió quedarse allí. Como podéis adivinar, en la clase se encontraban Víctor y Mía, una cosa llevó a la otra y poco a poco se conocieron y compartieron entre los tres todo el verano.

Víctor las enseñó a pescar; Alicia también tenía algo que aportar y es que de los tres era la que más experiencia tenía a la hora de hablar en público; a Mía esto le sirvió de mucho para soltarse en las clases y Víctor pudo usar alguna de las técnicas para ligar. Mía ayudó a Víctor a conseguir el título y Alicia se sorprendió cuando Mía confesó que era usuaria de una de las páginas más influyentes en poesía del momento.

La vida es una red que te conducirá a otras porque de una manera u otra todas están conectadas y tienen sentido.



Vida truncada

Ana María Molina Bote

CEPA Clara Campoamor



Jenny notaba un aire enrarecido en la nuca, era una sensación extraña, sabía que algo pasaba y era algo malo. Ella era una preciosa muchachita de solo diecinueve años, con unos ojos azules penetrantes, pómulos marcados y labios carnosos era de las chicas, que al verla, un hombre se daba la vuelta.

Ella pensaba que era el amor de su vida, pero cuando le comunicó, que estaba embarazada, él desapareció de su vida. Tuvo suerte, sus padres la apoyaron y pudo terminar sus estudios con la suerte de que al terminarlos entró a trabajar en un despacho de abogados como auxiliar administrativa. Contó a sus padres esa extraña sensación que tenía, a la que no le dieron importancia. Un día, al volver del trabajo se paró una furgoneta a su lado,

se abrió la puerta lateral y la oscuridad se hizo de repente. Cuando despertó, una chica le acariciaba el pelo y otras chicas estaban a su alrededor, todas ellas con el rostro truncado por el miedo. Miró a su alrededor, las paredes eran de metal, el suelo y el techo también. No sabía cuánto tiempo había pasado, las chicas tampoco. No sabían dónde estaban y que ocurría y en qué iba a terminar todo esto, y no, no era una pesadilla, estaba despierta.

La puerta de ese frío sitio se abrió, tiraron a dos chicas inconscientes, enseguida se abalanzaron unas hacia la puerta que se cerró inmediatamente, y otras hacia las chicas que cayeron al suelo como dos sacos inertes. La sed mermaba sus ánimos y el miedo sus almas, el frío hacía que juntaran sus cuerpos como si en una lata estuvieran. Cada minuto que pasaba la ansiedad se notaba más fuerte entre ellas, Jenny solo pensaba en su chiquitín, tenía que tener fuerza para salir de allí, tarde o temprano saldrían, o mejor dicho las sacarían. Un hombre entró en el habitáculo, les llevó agua y comida y les dijo que eso les tendría que durar al menos tres días, soltó las bolsas en el suelo y salió de allí. Oyeron como cerraba con llave, una cadena y el clic de un candado.

Recogieron las bolsas y, cuando estaban algo más calmadas, el habitáculo comenzó a moverse, a balancearse, notaron como se elevaban, la histeria se hizo eco, gritaban, lloraban, se abrazaban, el mundo se les vino encima. Las chicas bebían a pequeños sorbos, casi no comían, el estómago se les había cerrado ante la situación; hablaban casi en susurro, se contaban sus vidas, como habían sido secuestradas, de dónde eran, dónde trabajaban. Dormían abrazadas, se mantenían alerta por turnos, velaban las unas por las otras. Ya no les quedaba casi agua, las más fuertes cedían sus sorbos a las más

débiles, todas tenían que sobrevivir. Esa situación las había hermanado para siempre.

De pronto, el habitáculo comenzó moverse de nuevo y el recorrido duró bastante tiempo, al parar, y de nuevo a empujones, salieron del camión, las dirigieron hacia una casa enorme y una vez dentro a unas duchas. Se desnudaron avergonzadas entre la mirada de sus secuestradores, se ducharon, se pusieron un pequeño bikini dorado y se peinaron las unas a las otras. Una vez terminada la higiene, las hicieron pasar a un salón y desfilar ante los ojos lascivos de unos hombres que vestían como jeques árabes. Tras el desfile quedaron todas expuestas como si de ganado se tratara. Los jeques hablaban en voz baja entre ellos, varios minutos después, uno se levantó y cogió de la muñeca a una de las chicas, ella comenzó a gritar pero a la fuerza siguió a ese horrible hombre. Le tocó el turno a Jenny, ella no gritó, pero le propinó una patada al jeque que le hizo doblarse. Uno de sus captores la abofeteo tirándola al suelo, se le acercó al oído: "¿quieres que tu hijo muera?", Jenny se levantó y resignó a ir con ese monstruo que la había

elegido. Fue la noche más larga de su vida, se limitó a abrirse de piernas, él la penetraba una y otra vez, cada vez que se le quitaba de encima, la echaba de la cama y se acurrucaba en el suelo, al rato cogía del brazo violentamente y la tiraba a la cama, y vuelta a empezar. Lloraba, la rabia y el odio se hacían insoportables y por primera vez quería matar.

En casa la echaban de menos, la policía les informaba de que estaban siguiendo varias pistas pero ya habían pasado ocho meses y no había noticias. Samuel estaba creciendo sin su madre y sus abuelos estaban consternados ante la ausencia de su hija. Las diecisiete desapariciones de chicas jóvenes estaban conectadas, la inter-pol ya estaba sobre la pista y la investigación les llevaba hacia Arabia Saudí. Allí actuaba internacionalmente un grupo radical de trata de blancas, no siempre estas historias acaban bien pero, ¿por qué esta habría de acabar mal? Jenny sabía que solo su chiquitín y su familia le harían olvidar esa pesadilla vivida durante veinte meses. Conocedora de todo lo malo, siempre ayudaría a los más desvalidos, siempre junto a ellos.



Cuarto premio

Olores

Mario Martín Fernández

CEPA Colmenar Viejo



Decir que mi madre olía a magdalenas recién hechas sería una frivolidad, una sospecha de glotonería. He buscado su olor de forma incesante, inconsciente, metiendo la nariz en decenas de pastelerías y en unas cuantas cocinas de restaurantes, pero solo en sueños se me ha insinuado.

Mi madre olía a mi madre. Ella decía que olía a ignorancia. Mi madre no sabía dónde estaba el Japón ni qué era el sushi, pero cuando cocinaba patatas a lo pobre, vaporosos aromas revoloteaban traviosos sobre la calle brumosa de otoño, despertando en mis compañeros de juegos un deseo repentino y fugaz de pertenecer a nuestra familia. Yo entraba

gozoso y tripero en la cocina, dejando a mis amigos a la intemperie con las narices desplegadas al viento.

“Hueles a ífulas... y no me refiero a las del señor obispo”, me decía, con esa sonrisilla que esbozan las madres y que solo comprenden los hijos.

Mi madre no sabía nada del Nilo, pero cuando íbamos al río del pueblo, en la barranca por dónde se desprendía bravío alimentado por las lluvias de Abril, ella nos enseñaba a escuchar los parloteos del agua, sus alteradas algarabías y sus gorgoteos, y ese rumrum constante, uniforme y poderoso. “Huele a juventud”, decía.

Mi madre no sabía cuántas eran ocho por cinco, pero sabía estirar el poco dinero que entraba en casa para que tuviéramos lo necesario. Mi padre se dejaba sus buenos cuartos en inversiones de barra de bar, que lo único que le rentaron fue un malhumor permanente y un aliento fermentado y enfermizo.

“Hueles a derrota”, le dijo mi madre un poco antes de enterrarlo, abrazándolo sin remedio.

Cuando nos reunimos a comer en su casa toda la familia (más poco que mucho, ahora me doy cuenta), mi hijo y mis sobrinos tomaban el pelo a su abuela y le decían que no se enteraba de nada. Mi madre sonreía con esa frescura que da la vejez y la aceptación, nos miraba a todos uno por uno, con una calma y una tranquilidad tan precisa y vital, que el aire se llenaba de olores básicos, puros, surgiendo liberados de cada uno de nosotros, hilos sutiles e invisibles que se anudaban entre sí formando una red inexpugnable de amor.

Una hora y quince minutos

Rosario Mónica Justiniano Arias

CEPA Daoíz y Velarde



Entre la monotonía del madrugar para llegar a tiempo a trabajar, en una hora y quince minutos, en el metro de Madrid a una hora punta, te pueden ocurrir un montón de experiencias en tan solo segundos. Entre un caos de multitud de personas empujándose para ver quién sube primero, encuentra un asiento vacío, a empujones y con muecas, con malas caras y el sueño que pesa en los ojos, agrandado por el cansancio de llegar a tiempo y alcanzar ese asiento vacío y posar tus traseras, descansar tus pies, y seguir echando esa cabezadita, seguir con el sueño, pensando dormir a la vez, sin lograrlo, qué me ocurrirá hoy.

¿Qué me espera? ¿Qué dirán mis compañeras? Pero lo primero que cruza por mi mente es la cara de aquel inocente niño que me ataca con preguntas, que hasta ahora rebotan en mi mente como pelotas, cada vez que lo encuentro me sonrío y me dice: ¿Ya sabes? ¿Qué no como huevo, que soy alérgico? ¿Qué me pongo malo, que el garbanzo me hace daño? Y me tiro pedos...Con el "no esto", "no aquello", "no lo otro"... Así pasan los minutos, cuando escucho a un par de mujeres hablar de sus parejas; una señora le dice a la otra:

"No puedo más, estoy siendo acosada, maltratada por mi pareja", y yo miro de reojo y las veo a las dos. Como no pierdo nada cierro los ojos y hago que no me entero, pero las orejas porque llaman mi atención, y las pongo como un radar antena parabólica, para escuchar esa conversación.

Me llama la atención cuando la compañera contesta que ha vivido lo mismo: amenazas, golpes a diario, maltrato psicológico, insultos entre los que destaca "loca"... Además, añade la compañera, su marido le hacía señales con los dedos sobre el cuello y le decía: "¡Te mato, te mato, te mataré! Cuando no estén esas zorras como tú...hija de tal...hija de cual..."; añade que siempre tenía que estar acompañada, que no salía a ningún sitio sola. Finalmente se levanta y le dice: "Mi consejo es: graba con tu móvil todo lo que hace, llévalo a la policía, que los policías acudan, pero con pruebas. Sin pruebas no hacen nada. ¡Graba!

Al oír esa conversación que llama mi atención, un cúmulo de preguntas viene a mi cabeza. "¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ha cambiado?". Miro a la señora de reojo, le calculo la edad: entre 56 o 59 años, o 60. ¿Tendrá hijos? Llegar a esos extremos, después de tanta dedicación, entrega, amor, acabar así...

Tan maravilloso día con tantos matices de colores de seres humanos, vestidos hoy de grises por el frío, en vez de alegría. Llego a mi parada, mis pensamientos se colapsan por la preocupación. Con tantas miradas y algunas sonrisas, miro a la señora. Mirada perdida, tristonera y preocupada, encerrada en sí misma... ¿Cuál será su final? O se sumará una más a un caso sin explicar, qué sucede con esta sociedad tan generalista, machista, incomprensible, qué puede cambiar. ¿Cómo acabar con esto? Vida sin comprender.

Casi normales

Belén Catalá Sierra

CEPA Distrito Centro



Somos parte del universo virtual porque nos vemos reflejados en él. Si a eso le añadimos que, científicamente, todos y cada uno de nosotros somos el centro del universo observable (debido a que la luz de todo lo que está al "borde" de lo que podemos ver tarda lo mismo en llegar a cada uno de nosotros sin importar dónde nos encontremos en el espacio), podemos afirmar que las redes sociales se han convertido en nuestro centro. ¿Podríamos entonces regresar a esa época que parece increíblemente lejana (aunque no lo es) en la que nos preguntábamos inocentemente qué era Hi5, qué era Twitter o qué era Facebook?". (Porter Novelli).

Decidí estar una semana desconectada de redes sociales y de mi correo electrónico. Incluso desconecté WhatsApp del móvil. Hace casi tres años había hecho algo parecido porque me robaron el teléfono y estuve cinco días sin él, pero esta

vez lo hice sin que me robaran nada y realmente desconectada (no me metí en mi correo, ni en Facebook, ni en Twitter, ni en LinkedIn, ni en WhatsApp ni en nada de eso desde ningún dispositivo en siete días). Aclaro: sí dejé acceso a Internet para las demás cosas, lo cual evitó que mi experiencia fuera totalmente retrógrada o tipo Amish. Y también debo aclarar que estuve de vacaciones, lo cual hizo el ejercicio menos difícil pero en cualquier caso valió la pena. Una semana sin acceso a esos tipos de comunicación instantánea fue bastante interesante, a pesar de que fuese un experimento bastante breve y nada innovador (en 2013 un hombre se desconectó 100% de internet durante un año). En cualquier caso, yo quería hacer una especie de desintoxicación para ver si se me quitaba el dolor de espalda y si perdía la manía permanente de sacar mi móvil en cada instante que tuviera libre, cual revólver del Antiguo Oeste.

La cosa funcionó casi por completo en términos de lo que yo esperaba. Me desintoxicué. No hay exámenes para demostrarlo (aún) pero sí, se siente. Perdí la manía del "revólver" pero no se me quitó el dolor de espalda (parece ser que Facebook no causa tal patología). Más allá de perder mi carácter de vaquero renegado del siglo XXI, pasaron cosas muy interesantes durante mi experimento de desconexión parcial. Empecé a prestar más atención en general. Todo lo que me rodeaba y lo que tenía enfrente lo podía examinar mejor y con más calma. Lógico, ya no tenía una cosa que me vibraba en el bolsillo cada cinco minutos. Podía dedicar más tiempo y más concentración a cualquier evento de la vida real que aconteciera, alguno de los cuales era bastante más importante que cualquier cosa que estuviese pasando en mi móvil. Experimenté menos ansiedad. En serio. Lo juro. No me angustiaba por estar en otro sitio o por

terminar algo. Todavía no lo entiendo pero pasó. Me acordé de mi biblioteca y de la creciente pila de libros encima de mi mesa de noche. En seis días terminé un libro sobre Corea del Norte del que solo había leído veinte páginas y casi me leo enterito un libro sobre Budismo Tibetano de más de quinientas páginas (entonces sí se me aflojaron algunos tornillos, pero no tanto como para acabar con la cabeza rapada y con una sotana naranja merodeando por la ciudad). Esta experiencia de lectura fue tal vez la que más disfruté de todo mi experimento. Lo que leí tenía un contenido infinitamente más útil que lo que veo paseándome por las redes sociales. Hoy lo intenté. Cinco minutos de lectura sobre Lewis Carroll versus cinco minutos de pasearse por Facebook. Con lo primero aprendí todo sobre el paseo en bote donde surgió "Alicia en el País de las Maravillas", con lo segundo aprendí que los gatos pueden cantar y que un tipo que medio conozco estuvo en una playa, pero

no tiene ni idea de hacer buenas fotos... Y pues sí, en general tuve una experiencia más completa de la realidad física del universo que habitamos. Mejor dicho, me sentí más aquí...

Luego el cuento fue volver al mundo "real" donde es mejor conectar WhatsApp, Facebook, Twitter y todo eso. Y sí. Lo hice. Volví. Pero aprendí que de verdad no es tan importante estar ahí conectado permanentemente. Materialicé mucho mejor y encontré reflexiones más útiles, duraderas y relevantes para mi vida diaria. Y espero no recaer en la permanencia de la comunicación de redes sociales virtuales, sino seguir viviendo en el mundo real de verdad-verdad, no en el mundo "real" del universo virtual.

"La mente que se abre a una nueva idea jamás volverá a su tamaño original".
(Albert Einstein).



Cachivache

Mercedes Carralero Espinosa

CEPA Dulce Chacón



Después de muchos siglos de andadura, mi pueblo dejó de ser trashumante y se aposentó en un paisaje de ensueño bordeado de mar y bosques. Generación tras generación fue pasando el tiempo hasta llegar al día de hoy, donde nosotros, felices y en armonía, usamos nuestra libertad en comunidad, conversando en la cercanía mientras nos miramos frente a frente... compartiendo... avanzando juntos... Tan diferente a otros lugares... Aquí todo es fantástico. Los nombres de los días también lo son y las cosas que suceden en su transcurso. E tiempo se cuenta de otra manera y las semanas no tienen siete días, es decir, tienen siete y...tres más. Así lo decimos a la hora de contarlas...

El primero de esos tres añadidos es "El día de la metamorfosis". Es un día que esperamos con impaciencia porque durante su transcurso ocurren cosas que alteran nuestra personalidad, pues nos sirve para anular aquellas facetas de nuestro carácter que no nos gustan. Cuando él llega,

todos vamos al bosque y allí, en una especie de hoyos enormes cubiertos por redes, echamos sobre ellas todo aquello que, anímicamente, queremos cambiar.

Al día siguiente, el segundo después de los siete, volvemos al mismo lugar y, desnudos de cuerpo y alma, nos introducimos sobre ellas para escoger, entre los sentimientos abandonados el día anterior, alguno que nos sirva para engrandecer nuestro alma. Entre tanta variedad siempre hallamos algo. Cuando llega el tercer día, festivo y tercero de los agregados, todos vamos al bosque para celebrar nuestro cambio, ese que nos va a permitir comenzar una etapa nueva convertidos en mejores personas... y lo hacemos juntos... unidos...

Y así va transcurriendo el tiempo... nuestro tiempo. Hace tres noches, me acosté temprano. Sobre mi mesita de noche, alguien había dejado un ordenador con una nota que decía "otra forma de comunicarse a través de las redes". Nunca había tenido uno, pero no me gustó, así que lo dejé allí mismo, al lado del "Libro de los Deseos" y sin darme tiempo a pensar nada más, quedé profundamente dormida. Cuando desperté había desaparecido y en su lugar había un lienzo y pinceles. Me levanté rápido, me vestí con ropa holgada y salí al exterior dispuesta a pintar todo lo que tenía ante mi vista. Abracé con amor el frondoso árbol para llenarme de energía y comencé lo que iba a ser mi primera experiencia del "Día imaginado": pintar un paisaje inexistente con un "cachivache" que, en la magia de la noche, se había transformado en algo útil, una paleta de pintor. Mezclé los colores que siempre daban luz a mi vida: naranja, amarillo, verde... y, en un alarde de creatividad, logré pintar un cuadro precioso. Llegó la noche y, cansada como estaba, dormí muchas horas, tantas que cuando logré despertarme ya había comenzado

"El día de la Ilusión". Bonito día para seguir pintando, pensé, pero... ya no había pinceles, ni lienzo, ni nada que se le asemejase. En su lugar, sólo había un libro en blanco y una pluma de cisne incitándome a usarla. Lo primero que me vino a la mente fue el comienzo de la vida, de la vida de todos: personas, animales, naturaleza... y sin ningún esfuerzo comencé a escribir sobre la tranquilidad de los bosques y el sosiego que me produce el estar en ellos... de la belleza del mar cuando al atardecer extendemos las redes para pescar... el batir de las olas... todo lo que acompañé con ilustraciones y cuando logré llenar todas sus hojas, llegué a la conclusión de que el nombre del día "ilusión" había llenado mi mente y me había convertido en cómplice suyo.

Esa noche dormí placentemente y toda de un tirón, pero aun así, me desperté con un sentimiento raro que no supe canalizar. Era el "Día de la Realidad" y me levanté dispuesta ver lo que me deparaba.

Pensé en el sol y la alegría que me producía sentirlo... en el canto de los pájaros... en todo lo que de bonito tenía la vida... pensé en tantas cosas... A mi mente vino el libro del día anterior, todo lo que en él había plasmado y me sentí feliz y con ganas de tenerlo entre mis manos, sentirlo, pero... ¡había desaparecido! En su lugar, otra vez el ordenador y su mensaje, feo e inútil, pero en lugar del árbol y el bonito paisaje que lo rodeaba sólo había un patio oscuro lleno de trastos y suciedad.

Una sensación de incertidumbre y desamparo recorrió mi cuerpo y, sin saber por qué, mis pies me llevaron hasta donde se ubicaba el "misterioso" aparato con capacidad de transformación. Allí seguía él. Quieto. Imperturbable. Lo miré con desprecio porque desde que él apareció en mi vida las cosas sucedían de otro modo. Me acerqué decidida, sin miedo, lo cogí fuertemente con las dos manos y lo arrojé al vacío. Adiós, cachivache, adiós...



La trampa

Ana María Fernández Cros

CEPA Gloria Fuertes



Marina despertó aquella mañana como muchas otras, sintiendo que un torrente de cansancio se extendía por su dolorido cuerpo, joven aún, pero terriblemente maltratado por el paso del tiempo y por una pareja a la que no podía ni mirar a la cara.

Intuía que estaba sola porque, entre sueños, había podido oír la puerta de entrada al cerrarse para, más tarde, escuchar el sonido familiar de un motor en marcha. Hoy se había dormido, y eso no era habitual en una mujer como ella, aunque tenía que reconocer que había dejado de serlo hacía ya mucho tiempo. Aquella belleza morena del sur, con ganas de vivir, ilusión por compartir esa vida con su marido, ilusionada con ser madre..., aquella belleza ya no existía, tampoco su pasión por la vida, por unos hijos que

transformarían el afecto en algo mucho más grande, pero que nunca llegaron.

Decidió que sus cansados pies la condujeran lentamente al glorioso momento de una buena ducha, pasó por el espejo y..., tan pronto como se vio reflejada en él cayó al suelo ruidosamente, golpeándose en lugares en los que ya no podía sentir quebranto alguno. Sujetándose fuertemente a la bañera pudo incorporarse y observar su impuesta decadencia, mientras lloraba en silencio por..., por tantas cosas... Por décadas en las que ha creído que su matrimonio realmente estaba vivo, que el amor y el respeto estaban ahí, porque el querer no puede ser impuesto, tiene que salir del alma, como de la suya fluía un amor como creía que no podía haber otro, que la rondaba, la enamoraba y la embellecía. Poco tiempo duró la inocencia. En pocos meses había comenzado a conocer de verdad a la persona con la que convivía. Un ser al que había idealizado, en el que creía ver cualidades celestiales pero que estaba muy alejado de esa fantasía. "Él es así, impulsivo y con carácter, pero luego no es nadie".

Los primeros años casi fueron una desagradable sorpresa, pero con el tiempo aprendió a pensar en él como el ángel que guardaba su vida, que la amaba, a su manera, sí, pero la amaba. Al fin y al cabo, ella también tenía muchos defectos.

"Yo te quiero, Marina, te quiero muchísimo". "Yo sin ti no soy nada". "Perdóname, no va a volver a ocurrir". Frases como estas formaban el amplio repertorio aprendido por él durante años para mantener la locura en que había instalado su matrimonio, desplegando todos sus encantos ante ella para retenerla, haciéndola sentir su extrema soledad si faltaba a su compromiso de quererle toda la vida, aferrándose a su aliento, a sus ilusiones...

Ella nunca contaba nada que él no le hubiera permitido de antemano, su vida estaba censurada para el resto del mundo. Sin respaldo familiar ninguno, recordaba ahora nítidamente secuencias de esa mala película que había sido su paso por la vida hasta ahora. Caminaba por hilos solo visibles para ella de los que no podía desviarse, ni hacerlos vibrar, porque hacerlo habría supuesto la pérdida de su vida. Pero podía ver claramente una vida anterior, que hasta ese momento no había podido calibrar, pero que había sido maravillosa. Hasta hace pocos años no la recordaba, parecía que no hubiera existido. Que esta hubiera comenzado con él.

Marina lloraba, lloraba de la forma más amarga. Se encontraba en el mismo lugar y en la misma posición que en ocasiones anteriores, días en los que creía tomar la decisión que cambiaría por fin su vida y que, al mismo tiempo, le provocaba convulsiones de puro terror. Pero esta vez siente algo distinto. Esta vez ha decidido escapar, aceptar las consecuencias de sus actos y volar, aunque no consiga hacerlo con vida. Hace mucho tiempo que tiene grabado a fuego en su memoria un núme-

ro de teléfono que promete garantizarle una libertad que anhela desde hace mucho tiempo, pero que hasta ahora no ha tenido el valor de hacerle frente.

Esta vez puede ver con más claridad que no está derrotada, que es más fuerte que nunca, que, aunque débil físicamente, hará lo que debe hacer termine como termine, porque, finalmente, el objetivo más importante en su vida y por el que quizá esta termine pronto es romper la enmarañada red de engaños, traiciones y humillaciones en la que cayó irremediablemente hace muchos años, porque eso es lo que siente, que han pasado muchos años.

Ya no quiere continuar. Desea salir de su cuerpo, ser otra persona, recuperar la dignidad, su amor propio. Quiere liberarse de esa cadena que la mantiene atrapada en una telaraña como una mosca preparada en su envoltorio esperando la ocasión para ser devorada... Tiene el teléfono delante, está sola y conoce el hilo que la llevará a unas manos que la acogerán, que la ayudarán a salir de ahí, que terminarán con la red que la atrapa. Solo tiene que descolgar y marcar.



La tela de araña

María del Rocío Puerma Parra

CEPA Hortaleza-Mar Amarillo



Mi nombre es Ana Vargas y voy a morir.

Seguramente pensaréis que me he vuelto loca, que no se puede decir algo así, de sopetón y sin aviso previo, pero mi impulsividad aún es de lo poco que me queda y no creo que pueda cambiar ya esta forma de ser.

Quiero hablaros de mí; ahora tengo treinta y tres años, y soy la mediana de dos hermanos que adoro. Mis padres son sin lugar a dudas la definición de amor en estado puro. Me gustan las barras de labios rojas, los perfumes suaves y los bombones de chocolate. Hasta aquí parecería todo normal si no fuese porque a los doce me diagnosticaron una enfermedad degenerativa e incurable que me ha tenido postrada en cama los últimos cinco años. Ahora mismo estoy escribiendo a través de un ordenador que dirijo con los ojos, y que junto con los labios, es lo úni-

co que aún tiene movilidad en mi cuerpo. Así que imaginaos una chica guapa, porque eso sí lo soy, que se pasa el día sonriendo y guiñando el ojo, por poner un poco de humor a la historia.

Estos últimos años he vivido gracias a las redes una vida absolutamente maravillosa y vosotros siempre habéis sido participantes de ella; sois mi tela de araña.

En algún momento y por curiosidad descubrí lo que eran las redes sociales. No tenía ni idea, pero creé una página de Facebook sin conocer a nadie, solo leyendo y mirando lo que otros colgaban, y al poco tiempo quedé atrapada y fascinada de tanta actividad.

No fue difícil encontrar amigos que no conocía y sin esperarlo comenzó todo. Pude ver a través de vuestros ojos y vivir lo que por mi edad me correspondía, y así llegó mi primer viaje colgado en el muro: cuatro tímidas fotos en las que como es de imaginar yo no salía, pero no hacía falta, solo algunos detalles del paisaje de una pequeña isla y poco a poco los comentarios no se hicieron esperar. Me decíais tantas cosas que hasta pude visualizarlo en mi interior. Incluso alguno me dijo que estuvo en la misma isla y en la misma fecha y aun es posible que nos hubiésemos cruzado. Todo esto hizo que fuese fácil enredarme.

Deseaba volver a imaginar qué sería lo próximo, qué hace la gente de mi edad. Yo quería vivir esa realidad tan nueva, quería pasar por tantas cosas que me fui dejando llevar. Y llegó mi carné de conducir y mi primer coche. Las bromas de que avisara si salía para no pasar por delante, y mi primer trabajo, que no fue gran cosa, de dependienta en una tienda de moda, las regañinas de por qué no acababa la carrera para que me fuese mejor...

Pasaba horas dando vueltas y metida en mis pensamientos. Tenía que experimentar cosas nuevas, fueran buenas o no. Al fin y al cabo eso es el día a día de cualquiera y la nueva historia fue un tirón del bolso al salir del cine, unos cuantos comentarios de lo valiente que había sido porque salí corriendo detrás del ladrón y lo recuperé. Incluso fui capaz de poner una foto de mi rodilla con una herida que evidentemente no era de eso, pero yo podía sobrellevar el dolor de la enfermedad mucho mejor creyendo que era así.

También llegó el amor y la distancia con aquel chico que no vivía en mi ciudad. Y los regalos y las noches de no dormir y los viajes relámpago para verle en cuanto podía. Todos vuestros consejos de que me cuidara, que tanto estrés no me venía bien y podía enfermar (¡qué ironía!) y al final el fracaso. Y ahí estabais otra vez haciendo que todo fuera tan maravilloso, que por ratos olvidaba mi realidad.

Pero hoy todo ha cambiado. Hoy soy consciente de mis limitaciones. Ya no puedo seguir porque mi cuerpo no está respondiendo. Siempre supe que tarde o

temprano este momento iba a llegar y estoy preparada para ello.

Lo que nunca imaginé es que gracias a las redes pudiese cumplir sueños, hacer viajes, conocer gente de lugares diferentes, inclusive estrenar ropa o zapatillas para correr o un par de zapatos de tacón, cualquier cosa por normal que fuese ahora me satisfacía enormemente.

Sé que está llegando el momento de desplegar mis alas y volar tranquila a vosotros mientras os dejo mi tela donde a veces fui araña y otras insecto, para que continuéis tejiendo por mí.

Leí en algún sitio que los principios dan miedo, que los finales no siempre son tristes y que lo importante es el camino. Y que con el tiempo se aprende a ser feliz bajo la lluvia en vez de esperar a que pase la tormenta.

Gracias por el regalo, que sin saberlo, me habéis hecho.

Hasta siempre.



Cuarto premio

E 65° 0'0 N 33° 0'0

José María Alonso Bilbao

CEPA José Luís Sampedro



Martes, 13 de enero de 2001. Me levanté otra mañana, el sol brillaba iluminando todos y cada uno de los resquicios de mi habitación y, por qué no decirlo, jodiendo mi descanso obligándome a salir de la infinita comodidad de mi cama. Hoy tenía una cita muy importante, así que me duché, me vestí bastante galán y me dispuse a emprender el camino a mi cita. Mientras paseaba por esas bonitas calles observé una cosa que me sorprendió: vi a un hombre empujando a una mujer a la carretera. Asombrado por los hechos que estaba observando, corrí como si no hubiese un mañana gritándole al hombre que con tal maldad, estaba empujando a la mujer a una muerte segura, pero, para mi asombro, cuando llegué la percepción de los hechos había cambiado. No entendía el porqué, pero ese hombre resultó ser un taxista que amablemente ayudaba a

una mujer anciana a acceder al interior del vehículo. No lo comprendía. Eso no era lo que yo había visto. ¿Me estarían fallando las redes de mi cerebro? Pese a lo ocurrido retomé mi camino, continué paseando pero... no sé, me encontraba algo raro, sentía algo que nunca había sentido, una sensación que me recorría como un rayo, atravesándome el cuerpo como si de un trozo de papel se tratase. De repente vi a un niño llorando que no sé por qué me transporto a otro momento, otro instante de mi vida, de mi pasado.

Asustado por la situación, me acerque a esa pequeña criaturita que con voz débil balbuceaba unas palabras, y le pregunté: ¿Qué te ocurre bonito?, ¿por qué lloras con tanta agonía? El niño, para mi sorpresa, me gritó: ¡¡POR QUÉ!! y acto seguido empezó a correr tan rápido que desapareció entre la multitud.

Y yo, al quedarme solo y mirar enfrente, vi que había llegado a mi destino. Frente a mí tenía esa puerta, que de cruzarla me enfrentaría a mis emociones en estado puro. De repente sentí una fuerza que me impulsó a llamar a aquella puerta. Acto seguido, para mi asombro, al golpearla se abrió, y escuché una voz que me daba la bienvenida. Al pasar, vi a un hombre de unos 60 años, que con amabilidad, me daba las gracias por haber aceptado su invitación a un café. Aquel hombre era uno de los mejores psicólogos del país.

Comenzamos a hablar, todo parecía bastante normal, muy correcto, no comprendía el por qué me daba tanto respeto, por no llamarlo miedo, el acudir a esa cita: De repente me hizo una pregunta que no sé por qué, me incomodó. Me sentía tan raro hablando de ese tema... Me preguntó: Debido a su oficio... ¿Me podría explicar su opinión sobre las redes de distribución social de su última misión?

Ahí comenzó mi lucha interior, esa pregunta me revolvió todo por dentro. E 65 0'0/N33 0'0: Son las coordenadas de mi última misión, que consistía en sobrevolar una aldea de Afganistán. En principio era un reconocimiento de terreno, nada tendría que haber ocurrido allí, pero no fue así. Allí la distribución social es diferente: Aquí un niño es un niño, no supone una amenaza, pero allí, debido a la guerra, tanto interna como externa, la pobreza y la existencia del radicalismo, hay personas para las que, por desgracia, la muerte es su único conocimiento de vida.

Mientras sobrevolaba aquella aldea, un destello de luz llamó mi atención. Vi a un niño que acompañado por un hombre me estaba apuntando. No me lo creía, eso estaba ocurriendo de verdad, estaba a punto de hacer lo que nunca me hubiese imaginado: Abrí fuego, abatiendo a ambos enemigos, o por lo menos así intentaba

justificarme, no podía quitarme de mi cabeza esa pequeña vida que acababa de arrebatar, que apenas tenía conocimiento de lo que le rodeaba.

Mientras le contaba al psicólogo mis peores actuaciones, miedos y pensamientos, me preguntó si todo lo vivido me estaba complicando mí día a día. Le conté que creía que me estaban fallando las redes de mi cerebro: Le conté entre llantos los contratiempos que me habían sucedido de camino a nuestra cita. Él me respondió con una voz muy acogedora: - Hijo, no te culpes por lo ocurrido, lo que te pasa es más normal de lo que crees. La esquizofrenia postraumática provoca que las redes de tu cerebro se confundan y que diferentes situaciones desencadenen que, por momentos, la percepción de la realidad pueda cambiar. Tranquilo, con tratamiento y tiempo serás capaz de tener el poder sobre las redes que tejen tu cabeza.



Cuarto premio

El cuento de la vida

Carmen Calvo Terradillos

CEPA San Sebastián de los Reyes



¡Otro día más a trabajar! Una vez que estoy en la calle me siento bien, tengo la sensación de estar más viva, inspiro el aire que corta al pasar por mi garganta y veo el halo blanquecino que se forma cuando vuelve a salir por mi boca. Bajo los escalones del metro hurgando en mi bolso para encontrar el abono, tiene que aparecer antes de llegar al torno de acceso, la gente lo atraviesa sin darle tregua, uno, otra,... ¡iufff, por los pelos!! No sé qué pasaría si hiciera esperar a la gente unos segundos tan siquiera antes de pasar mi abono por el detector magnético.

Todos nos dirigimos hacia las escaleras mecánicas, uno, dos, y por último el tercer tramo de escaleras que nos lleva a un pequeño pasillo donde un gran panel nos indica que, si queremos coger la línea 9 que nos llevará por las estaciones de Ventilla, Plaza Castilla..., debemos dirigirnos a la derecha. Hoy tengo suerte, ya viene mi tren. "Próxima estación Plaza de Castilla"

me avisa la voz femenina de la megafonía. Me bajo del tren junto con un montón de personas más, y otra vez a correr. Tengo que hacer trasbordo y coger la línea 10. Me dirijo al pasillo ancho en el que convergen 3 líneas de metro y donde, como todas las mañanas, la señora con rasgos orientales y cara inexpresiva está preparando su tienda de ropa y bisutería barata. El hombre rechoncho del quiosco ya está vendiendo periódicos y el vendedor de la ONCE está sentado dentro de su pequeño habitáculo. ¡¡A saber por cuántas horas!! Siento claustrofobia de pensarlo.

Vamos todos andando a paso ligero, ocupando todo el espacio del pasillo, hasta que empieza a llegar gente en sentido contrario y, por lo visto, con la misma prisa que nosotros. Nos echamos hacia la derecha para dejar sitio sin poder evitar algún que otro choque, sin mirarnos casi a la cara. Hoy me fijé en un hombre alto y con cara afilada, que venía de frente; no parecía tener prisa. Pasó a mi lado y casi me rozó. Me meto en el vagón y, después de tres estaciones, por fin llego a mi destino: Nuevos Ministerios. Subo varios tramos de escalera y salgo a la calle.

Hoy es martes. Otra mañana más me dirijo al metro tapada hasta las orejas. Me ha tocado esperar 15 minutos hasta que ha llegado el tren. En el andén ya casi no cabíamos pero, como siempre, la mujer menuda que lleva una bolsa raída del Corte Inglés se coloca en primera línea de andén para entrar la primera y coger sitio. Un día más estoy en el vestíbulo de mi trasbordo y me parece ver al hombre alto con el que me crucé ayer pasando junto al quiosco de periódicos. Su mirada se ha encontrado con la mía y, por una milésima de segundo, he perdido la percepción de donde estaba. Un empujón me obliga a seguir andando y, como siempre, me meto al pasillo de la línea 10 y cojo mi tren hasta Nuevos Ministerios.

Hoy es miércoles. Me he dormido y no me ha dado tiempo a desayunar. Llego tarde. ¡Qué frío hace! De las farolas parece que sale niebla. Entro en el metro con mi abono en la mano. Los vigilantes charlan ajenos a la cantidad de personas que estamos pasando por el turno, un día más, como hormigas pacientes y constantes. No veo a las personas que habitualmente coincidimos esperando el tren, hoy es más tarde. En el pasillo de mi traspaso el chico de la lotería ha salido de su pequeño recinto; lleva colgado de su cuello la lotería que piensa vender hoy. Otra vez veo pasar al hombre alto con bufanda marrón. Juraría que me ha sonreído. También se habrá dormido hoy. Cuando vamos llegando a mi parada me sitúo en la puerta y salgo la primera a paso ligero, hoy subo las escaleras sin esperar que lo hagan por mí.

Jueves. Está lloviendo y no me importa. Disfruto viendo como el agua limpia las calles. Me cruzo con una mujer que va corriendo. Creo que hoy tardaré más en

recorrer los trescientos metros que separan mi casa de la boca del metro. Ya en el andén, todos tenemos cuidado de no mojar a nadie con los paraguas. El hombre mayor que siempre va leyendo un libro hoy no lo hace. "Próxima estación, Plaza de Castilla". Me bajo del tren y voy por el pasillo hasta el vestíbulo donde haré el traspaso. En el quiosco dos personas esperan a que el vendedor les cobre el periódico. Todo igual que los demás días,... Bueno, todo igual no. Me siento mareada, estoy sudando, tengo un fuerte dolor en el pecho, ¿o es el hombro? ¡Dios, no sé!... Necesito tumbarme. Por favor, por favor, ¡que se vaya este dolor! Me cuesta respirar... Intento respirar como me han enseñado en las clases de yoga; el aire no entra por la nariz... ¡Dios! ¿Qué hace esta gente que no me ayuda? ¿Qué hacen? ¿Se apartan? ¿Quién...? Es él. El hombre alto, con su bufanda marrón y sus ojos que hablan. Me mira. Ya no me duele... Ya no necesito respirar... Estoy tranquila... Siento calor...



Un sueño entre Remedios La Bella y Yaiza Maradentro

Prudencia González López

CEPA Sierra Norte



Son tan caprichosos los sueños, como misterioso el país de las lágrimas del Principito...

El sueño que he vivido esta noche ha sido tan hermoso, que me he despertado con el color de la esperanza.

Yo, había viajado a Lanzarote con un grupo de personas. Y esa noche nos trasladamos al Valle de la Luna. Estaba subyugada por el magnetismo de la isla. Diferente a todas. Parto crispado de la tierra, que en ese largo alumbramiento, casi devora a su propia hija...

Me sentía plena, feliz y afortunada de estar en medio de ese paisaje esencial.

Contemplando el atardecer de esa tierra imposible labrada por el fuego y cristalizada, por el aire y el mar. Las rocas negras, volcánicas, agotadas de sed y sol, dejaban sus iridiscencias, para tornarse misteriosas, envueltas en una penumbra mineral, brillante y metálica. Poco a poco, la luna, se adueñaba del valle inundándolo todo con su redonda preñez, fértil de arcanos. Ante esta visión, las personas del grupo se pusieron en semicírculo, sentadas en la tierra en medio de un silencio sobrecogedor, algunas lloraban. Yo me quedé un poco aislada, a cierta distancia. Sentía al grupo, pero quería sentirme yo, en el espacio. Apoyé mis manos sobre las rocas para impregnarme de su calor y energía antigua. Perdí la noción del tiempo. Y de pronto me pareció estar acompañada... por algo o alguien.

No era algo físico, sino sutil. Giré ligeramente la cabeza y descubrí a una hermosa joven que puso su mano sobre la mía mientras me decía:

"Soy YaizaMaradentro, hija de Lanzarote y de una familia de pescadores que fueron una red de afectos indestructibles. Vengo a aliviar tu corazón que sufre"

Como si sus palabras fueran la llave de mis emociones, acudieron las lágrimas que desenredan los pesares y hacen que el alma se sienta más liviana.

Las personas del grupo hicieron un círculo completo incluyéndonos. Danzaban y cantaban y se movían despacio alrededor nuestro. Todo era natural, bello, armonioso y emanaba paz. Elevé mis ojos, agradecida, al astro que nos convocaba con su luz y su magia, y vi con incredulidad cómo desde su centro emergía una figura de mujer de larga cabellera

negra brillante, cuyo cuerpo se recortaba contra una sábana blanca y descendía hacia nosotras.

Cuando estuvo a mi lado, me tomó la otra mano y susurró: "Soy Remedios La Bella, y vengo a insuflarte Viento de Ilusión para que cese tu incertidumbre y abandones peso y lastre por las ofensas de los humanos"

Fue en ese momento cuando me desperté. Y aunque hubiera querido seguir en las redes entretejidas por el sueño y en compañía de esas mujeres maravillosas, tendiendo su mano hacia mí, comprendí que debía contar lo que había vivido. Para no olvidar que la magia existe.

¿Me dará este sueño el impulso suficiente para despegar de mi roca frente al mar proceloso de la vida?



Cuarto premio

Año 3253

Alvis Félix Sosa

CEPA Tetuán



Año 3253. Fue la primera vez que hubo contacto entre humanos y extraterrestres, esto fue posible gracias a un agujero de gusano que conectaba con otra galaxia. Pero no empezamos la historia por la parte final, ya que todo tiene un comienzo.

Año 3220, la NASA diseñó un nuevo prototipo de red interestelar para lograr una conexión con el espacio exterior. Al principio todo esto fue complicado ya que había que poner los satélites en órbita, enviaban cientos de naves espaciales para comenzar el mantenimiento de uno de los satélites y poder conseguir su funcionamiento. Todo iba bien hasta que uno de los satélites estalló por ciertos motivos desconocidos, los astronautas encargados del mantenimiento de uno de estos satélites habían desaparecido, no quedaba rastro alguno de ellos, solo un silencio ensordecedor. Aquí es donde esta historia empieza a dividirse en dos partes bastante diferentes, pero una complementa a la otra, cuando os cuente futuros acontecimientos entenderéis por qué lo digo. Antes

de la explosión los astronautas fueron atraídos por una fuerza desconocida, se trataba de un agujero de gusano, que según las teorías de los científicos son puertas hacia otra galaxia. Los astronautas cuyos "Alias" son el teniente Reaper y el coronel Phantom. Ellos tuvieron la desastrosa suerte de comprobar la teoría de los agujeros de gusano. Este agujero les llevó a un lugar exactamente igual a la tierra, pero que los seres que la habitaban tenían el aspecto de las hormigas, solo que eran mucho más grandes que el tamaño de cualquier humano. Los astronautas se dieron cuenta de que no se habían estrellado con su nave, sino que lo hicieron con el satélite de red interestelar.

Mientras, en la tierra intentaban establecer conexión con los astronautas; lo intentaron muchas veces pero fracasaron, una y otra vez. Pasaron los años y no desistieron en su búsqueda de estos astronautas, aunque era algo impensable que pudiesen sobrevivir 33 años en el espacio, pero en realidad todos sabemos que en el espacio el tiempo transcurre más lento. Para Reaper y Phantom solo habían pasado días. Volvemos al planeta similar a la tierra, donde los valientes astronautas se ocultaban para salvar su vida, porque tras varios días observando el comportamiento de estos seres a los que denominan con el nombre de "Griners" se dieron cuenta de que eran violentos e impulsivos. Los astronautas se alejaron del satélite y se dieron cuenta del gran error que cometieron, ya que con él podían comunicarse con la tierra, su vuelta hacia el satélite fue un tanto compleja ya que tuvieron que enfrentarse a grandes peligros los cuales evadieron con astucia. Al llegar al satélite lograron conectarlo y establecieron comunicaciones con la tierra, lo cual fue una gran noticia, no solo porque estos valientes astronautas sobrevivieran, también porque se pudo comprobar el funcionamiento de las redes interestelares

De teclear y abrazar

Giovanny Ponce Villarroel

CEPA Villaverde



En el despertar de la fibra óptica los pensamientos se deslizan y parpadean a tanta velocidad que es tremendamente difícil prestar atención a los sentimientos que transportan.

Algunos de esos sentimientos proceden de hogares rotos, otros, sin embargo, viajan desde auténticos palacios de indiferencia. Ceros y unos que nos irradian un continuo reflejo de hipocresía, odio, injusticia, un todo acompañado de gritos silenciosos y desesperados por guardar las apariencias. Esto último, el nuevo negocio

en alza para pocos y una adictiva condena para muchos.

Es acaso este el principio del fin, o cabe la posibilidad de encontrar esperanza en esta maraña infinita conocida como red de redes. Personalmente quiero creer que sí, que todavía queda esperanza porque no todo es malo.

En los últimos años se ha visto su enorme poder de convocatoria para hacer frente a la tiranía impuesta en distintos lugares del mundo. Puños hacia el cielo, o miles de historias que nos han conmovido, invitándonos a la reflexión, es lo rescatable y puede que el punto de partida para hacer de esa brizna de anestesia, un antídoto para prejuicios y divisiones cobardes, ejecutadas detrás de una pantalla.

Nunca antes habíamos tenido tanto poder en la palma de nuestra mano, por ello invitó a la independencia de ciertos hilos de esa maraña que cité antes. Necesitamos un despertar, un atisbo de humanidad para reconducir la situación.

Dependerá, en parte, de no depender en exceso de estos algoritmos que si bien nos transmiten la sensación de comodidad, tienen un rostro nada afable del que todos estamos siendo partícipes. Un equilibrio entre teclear y abrazar. Se puede estar conectado de las dos formas pero no olvidemos que sólo una de ellas nació y morirá con cada uno de nosotros.

Amor virtual

Hafida Immouni

CEPA Vista Alegre



Una chica llamada Lune entró por primera vez en una página donde se agrupaban los Avatares de todo el mundo. Un día se trasladó a través de su avatar tocando solo una tecla del ordenador.

Entró en un bar virtual donde había mucha gente bailando. Conoció a un joven italiano, Marc, su primer flechazo virtual.

Día tras día quedaban en el mismo sitio. Con un sentimiento virtual ambos se comunicaban, pero había un problema: ella no sabía hablar italiano. Así que Lune empezó a aprender esta lengua poco a poco, gracias a cursos on line.

Pasaron los meses y se enamoraron. Lune permanecía enganchada al ordenador todo el día. ¡Estaba ansiosa por ver en una pantalla a su italiano! Transcurridos unos meses, Marc le pidió casarse con ella. Lune aceptó y se celebró una boda virtual con todos los invitados avatares.

Una semana después, Lune empezó a recibir mensajes de otras mujeres insultándola. ¡No podía entender lo que pasaba!

Decidió investigar adoptando un nuevo avatar, con un nombre falso. Así fue cómo descubrió que Marc salía con muchas mujeres. Lune se sintió triste, frustrada, engañada... Hasta que un día decidió romper su relación.

Pasado el tiempo, consiguió recuperarse. Fue una experiencia inolvidable que le hizo volver a ser ella misma. Sin embargo, nueve meses más tarde, Lune se encerró en su casa, sin desear comunicarse con nadie. ¡Llevaba con ella un gran secreto virtual que nadie conocía!

Cierre del acto

Actuación musical, Serendipity room



SERENDIPITY



ROOM



Jorge Ramírez
Sara Giraldo
Ana Giraldo
Pilar Monzón
David Echeverría

Galería de galardonados



